

[Publicado en El Periódico de Aragón, 11-V-2001]

## **Y los españoles eran vascos**

Guillermo Pérez Sarrión  
Historiador

En las elecciones vascas los problemas concretos, reales: carreteras, educación, sanidad, no aparecen; en cambio los abstractos: conciencia nacional, soberanía, mantienen su protagonismo absurdo y excluyente. Es imposible cambiar esto: aclarémoslo, empezando por la idea de que en los vascos la conciencia nacional ha existido siempre, es como es, y se define frente a algo tan abstracto como “lo español”. Pero esto casi nunca fue así; la vida se vive hacia adelante, pero se comprende hacia atrás. Y la historia cuando se hace con dimensión social y rigor a veces no dice lo que algunos quieren que diga.

Por mucho tiempo la conciencia de particularidad de los vascos que escribían no existió como tal, y las ideas prevalentes nunca se basaron en la diferencia con “lo español”, sino precisamente en lo contrario: en la conciencia de ser más españoles que nadie, incluso el origen mismo de todo lo español. Y esto era así de tal modo que los demás españoles sólo lo eran en tanto que eran vascos. Pasaba esto en el siglo XVI, cuando los “cántabros” y “vizcaínos” tenían también sus fueros y privilegios (como muchos otros reinos, principados, señoríos y cuerpos privilegiados de la monarquía de los Austrias). En ese clima intelectual, muy distinto del nuestro, a quienes querían tener poder y distinciones les preocupaban dos cosas: demostrar que eran cristianos sin mezcla y que eran hidalgos, esto es, nobles. Ser hidalgo confería privilegios fiscales y sociales importantes, y la mejor forma de adquirir la hidalguía era demostrar que se tenía un linaje de antepasados nobles.

Así autores como Esteban Garibay (1571), Andrés de Poza (1587), Juan García de Saavedra (1588), o Diego de Rocha (1681) construyeron la primera idea moderna de “lo vasco” diciendo que los antiguos “cántabros” eran todos descendientes del mítico rey de la España prerromana Túbal, descendiente a su vez de uno de los tres hijos del bíblico Noé: Sem, de quien descendían los árabes y los hebreos; Cam, de quien descendían los esclavos; y Jafet, de quien descendían Túbal y los “vizcaínos”. Con esto conseguían demostrar que su sangre era pura y no se había mezclado con la de los romanos. Tan puros eran que seguían hablando la lengua primitiva de los súbditos de Túbal: el vasco. Una lengua que sostenían, con argumentos hoy disparatados, que derivaba del caldeo y no del hebreo (la lengua de los de Sem) porque podían ser tomados por descendientes de judíos. Y afirmaban que el vasco, como era la lengua primitiva del reino de Túbal, rey de España, se había hablado en toda España; incluso en Aragón y Cataluña. Hay muchos textos que demuestran esto.

Así, el círculo argumental se cerraba. Los llamados “vizcaínos” eran los únicos auténticos descendientes de los españoles primitivos, por tanto eran hidalgos sin necesidad de demostrarlo, y no tenían sangre ni judía ni de esclavos ni de plebeyos. Eran de una raza superior, nobles y puros, porque eran los descendientes de los primeros españoles. Para quienes defendieron esta construcción mental las ventajas eran claras: así podían no pagar impuestos, ocupar cargos municipales, disfrutar de la limpieza de sangre, y servir a su señor el rey. Y tampoco eran tan originales: la misma operación de inventarse un

pasado hacían por entonces otros, aunque el resultado con el tiempo fue muy distinto.

Un siglo después, con la recristianización de la Contrarreforma los vizcaínos acabaron metiendo a Dios en el invento, con la colaboración decisiva de autores como el jesuíta padre Larramendi, pero sin abandonar la idea de privilegio por hidalguía. Es entonces cuando los más poderosos de los hidalgos “vascongados”, los más nobles y puros por ser los más españoles, fueron añadiendo a su hidalguía originaria la idea de que los privilegios que tenían con sus fueros eran naturales, anteriores a todo, y provenían directamente de Dios. Esto para lo que pretendían era esencial, porque Dios no era cuestionable. Más aún: los fueros de los hidalgos definían un “mayorazgo indisponible”, una especie de gran casa noble, indivisible, integrada por todos, que estaba protegida directamente por Dios, el cual a su vez además estaba por encima del rey. Las bases ideológicas del nacionalismo moderno estaban ya ahí.

Pero los hidalgos vascongados ¿qué pretendían en realidad? ¿por qué al hecho de tener fueros (como otros súbditos del monarca) se le dio entonces una importancia que no había tenido? Influyeron dos factores. El primero es que todo el norte peninsular era zona de alta presión demográfica, numerosos emigrantes vascos se habían asentado en Madrid ocupando importantes puestos burocráticos en la monarquía (por tener limpieza de sangre), y en las llamadas Provincias Vascongadas no había inmigrantes, con lo que todos los hidalgos seguían siendo “puros”. El segundo, que tras la crucial Guerra de Sucesión (1700-1715) los “vizcaínos” por su fidelidad al rey y su gran influencia funcional en la corte, lograron mantener sus fronteras y privilegios aduaneros cuando todos los demás los perdían. Y ser los únicos se convirtió en una gran ventaja. Pasar a defender los fueros (que nadie cuestionaba, ni el rey) permitía mantener importantes privilegios económicos basados en la libre importación y el contrabando.

No aburriré al lector detallando los terribles efectos posteriores que produjo la alianza de la Iglesia, desesperada por la pérdida de su patrimonio, con quienes defendían el orden social de los viejos privilegios, a través del carlismo y las guerras civiles decimonónicas. La defensa de los fueros siguió siendo no una cuestión de construcción nacional o de soberanía, sino de intereses de clase.

Así cuando el nacionalismo vasco moderno, el que va de Sabino Arana a Arzallus, nació en el marco de la industrialización vasca, las inmigraciones de obreros “impuros” y los movimientos precursores del fascismo y el nazismo, falseó el pasado y tomó lo que quiso de esta larga tradición esencialista que había mezclado privilegios, limpieza de sangre, religión católica, fueros, ventajismo, y confusión de los intereses de provincia con los de la oligarquía de hidalgos. Ignoró que durante siglos estos vizcaínos y guipuzcoanos se sintieron tales porque eran los españoles por excelencia; tanto que los españoles para serlo, en cierto modo habían de ser vascos. Y la diferencia era el privilegio, no el territorio.

Toda esta concepción interesada, providencialista, étnica y predemocrática del pasado vasco constituye la esencia misma del nacionalismo radical, y sólo se puede desmontar con argumentos, contando cómo fueron realmente las cosas. Uno de los etarras entrevistados en el libro de F. Reinares *Patriotas de la muerte* (entrevista 28) afirma textualmente, para justificar sus acciones: “Pero yo, ¿qué ch... tengo que ver con los de Segovia, por ejemplo? (...) Ni comemos, ni dormimos, ni nuestros excrementos son iguales (...) a mí que no me digan que soy igual que uno de Andalucía, por que no soy igual, j ... Mis genes tienen que ser

de otra forma". O sea, otra vez los genes. Lo mismo que decían los antepasados de hace cuatro siglos pero falseado, vuelto al revés.

(1 154 palabras)